

Ritualidad y reproducción cultural en las celebraciones cubanas de quince años

Lisett María Gutiérrez Domínguez *

Una de las manifestaciones culturales más extendidas entre la juventud cubana en estos momentos es el conjunto de prácticas y ritualidades que se llevan a cabo cuando una muchacha cumple quince años. Se trata de una celebración más bien efímera a cuya preparación, paradójicamente, la familia suele dedicar bastante tiempo y recursos. Los quince años son, sin duda, un momento trascendental en la vida de la mujer cubana, que puede ser considerado un rito de pasaje contemporáneo.

Desde los estudios pioneros de Arnold Van Gennep, en 1909, ha existido un amplio consenso en definir los ritos de paso o de pasaje como rituales especiales que son practicados en una sociedad para representar momentos clave de cambio biográfico en las personas. Se trata de transiciones entre dos etapas de la vida que se celebran siguiendo un patrón de comportamiento fácilmente reconocible por los miembros de una cultura. (Zeitlin, 1992; Nieto, 2001; Clark, 1983)

Los ritos de paso en cada sociedad no están exentos de contenidos ideológicos. Por el contrario, se encuentran en la base de los procesos de reproducción de patrones culturales, al ser espacios de adquisición, reelaboración y reconocimiento de pautas de conducta, roles, estatus, identidades, expectativas y valores. Su análisis, en un contexto y momento histórico, concretos, puede aportar elementos importantes para comprender dichos procesos de reproducción, partiendo de las elaboraciones simbólicas y discursivas que producen los sujetos en torno a dichos ritos.

A partir de este enfoque, en las páginas que siguen propongo un acercamiento a las

celebraciones de quince años como rito de paso significativo en la vida de las mujeres cubanas, con el propósito de analizar algunas dinámicas culturales presentes en los procesos de reproducción social en los cuales ellas participan. Para ello, dedico un primer apartado a identificar los rasgos generales que comparten los ritos de paso en las sociedades contemporáneas, según el criterio de varios autores; y un segundo acápite a exponer cómo se manifiesta cada uno de esos rasgos en las celebraciones de quince cubanas, basándome en notas de prensa, artículos periodísticos, y —sobre todo— resultados de investigaciones relacionados con el tema. Finalmente, propongo una síntesis de los elementos que permiten identificar las formas y contenidos de algunos procesos de reproducción cultural que se manifiestan en dichas celebraciones.

Los ritos de paso actuales. Del cambio a la multifrenia

Como ya he comentado, la noción de cambio es un componente esencial de todos los ritos de pasaje.

El primero en teorizar acerca de la naturaleza de dichos cambios fue el propio Van Gennep, quien, escribiendo acerca de los rituales tribales, notó las similitudes entre las ceremonias de nacimiento, infancia, llegada a la pubertad, compromiso matrimonial, matrimonio, embarazo, paternidad y funerales. Todos, según su apreciación, constaban de tres fases distintas: separación (pérdida por parte de la persona de su estatus anterior), marginalidad o fase liminal (periodo

* Licenciada en Psicología (2004) y Máster en Psicología Educativa (2008) por la Universidad de La Habana. Investigadora del Instituto Cubano de Investigación Cultural, en la línea de investigación de las culturas e identidades juveniles en Cuba. Miembro del Grupo de Trabajo de CLACSO "Juventud y nuevas prácticas políticas en América Latina y el Caribe". Autora de varias investigaciones en temas de juventud y cultura. Profesora del Curso-Taller de Postgrado "Culturas juveniles: Introducción a su estudio", del ICIC Juan Marinello (2008). Coordinadora de la Red "Culturas Juveniles en La Habana". limaria80@gmail.com, magdom@infomed.sld.cu.

de transición con rituales específicos que a menudo implicaban suspensión del contacto social habitual) e incorporación (readmisión en la sociedad con el nuevo estatus adquirido). (En Zeitlin, 1992; en Clark, 1983) Según Steven Zeitlin (1992), actualmente casi nunca se practican rituales elaborados con las tres fases bien definidas. Las costumbres de pasaje contemporáneas enfatizan la fase de incorporación más que la separación o la transición, pues muchas de ellas son celebraciones que dan la bienvenida a un individuo a un nuevo estatus o rol.

Este esquema fue criticado por Maurice Bloch, quien argumentaba que Van Gennep ponía un énfasis excesivo en los aspectos del ciclo de vida relacionados con el estatus social, e ignoraba los aspectos más psicológicos. El aporte fundamental de Bloch consistió en destacar la dimensión psicológica de la vivencia como algo básico en las transiciones de los seres humanos. Este acento de corte existencialista contribuyó a reconocer el componente emocional de los rituales e introdujo la mirada a los procesos identitarios, afirmando que las transformaciones subjetivas presentes en el rito de pasaje iban más allá de la imposición social de un nuevo estatus con nuevos roles. (Bloch, 1992)

Otro rasgo que está presente en los ritos de paso es la tipicidad. Al decir de Zeitlin (1992) en la conciencia de los miembros de una cultura en particular, el ciclo de vida funciona como algo que podría ser considerado una historia de vida con transiciones típicas. Como tal, el ciclo vital puede leerse en ambas direcciones: hacia delante y hacia detrás; por lo tanto, puede ser utilizado tanto para planificar el futuro como para recordar e integrar la experiencia de vida pasada.

En relación con esto, el antropólogo Raúl Nieto afirma, evocando a Saussure, que el rito solo existe en virtud de una especie de contrato establecido entre los miembros de la comunidad, por lo que modificar el contenido de una práctica cultural o generar el contenido de un nuevo rito no es tarea de un individuo, ni se hace de un día para otro: El rito

es obra de distintas generaciones o cohortes, es el resultado de un interjuego de miradas entre diferentes clases, a lo largo de la historia. (Nieto, 2001:54) Otra de sus características es, por lo tanto, la tradición.

Aunque el patrón del ciclo vital de cada grupo está enraizado en su historia, los estándares que aglutinan a los sujetos en el presente no son los mismos que compartieron sus predecesores, destaca Zeitlin. (1992) Más bien cada generación tiende a emprender un viaje diferente y encontrar su propia ruta. Este nuevo rasgo podríamos identificarlo como mutación intergeneracional.

Hoy día, apunta Zeitlin, tenemos más identidades diferentes y más etapas del desarrollo en nuestras vidas. Hasta nosotros llegan tradiciones más diversas en lugar de un solo corpus axiológico que dicte nuestro comportamiento cultural. Nuestros rituales y ceremonias para el nacimiento, la pubertad y el matrimonio pueden ser menos importantes que antes, pero justamente porque reconocemos más cambios de estatus y más identidades nuevas, nuestras oportunidades de celebración se multiplican. Al decir de este autor, la vida contemporánea tiene sus propias gratificaciones en el plano simbólico, las cuales no provienen precisamente de la vitalidad de las expresiones culturales de una comunidad, sino de la multiplicidad de formas y estilos disponibles para cada individuo en el curso de sus vidas. (Zeitlin, 1992)

Esta es una de las tantas manifestaciones del mundo globalizado —según comenta Carolina de la Torre apoyándose en reflexiones de Gergen— en el que,

a diferencia de otras épocas, en que una persona sabía cómo debía actuar, cuál era su papel en tal o cual circunstancia, y qué se esperaba de él en un futuro, en virtud de su posición social, hoy en día la gente se ve inundada de opciones, no solo de otros, sino incluso de otras épocas, produciendo una “multifrenia”. (De la Torre, 2001:229)

Estaríamos hablando ahora de una multiculturalidad globalizada, que caracteriza específicamente a los ritos de pasaje en la modernidad tardía y los distingue de los que tenían lugar en etapas históricas anteriores.

Cambio, tipicidad, tradición, mutación intergeneracional y multiculturalidad globalizada se presentan como los rasgos principales que comparten hoy los rituales de pasaje. Veamos entonces cómo se expresa cada uno de ellos en las prácticas realizadas por las adolescentes cubanas para celebrar sus quince años.

Lo ritual en las celebraciones de quince cubanas

Cambio

Para hacer referencia a los cambios de estatus e identidad asociados a la celebración de los quince que experimentan las muchachas, hay que comenzar reconociendo que a esa edad en ellas están teniendo lugar procesos de modificación biológica, social y psicológica, que no están vinculados en sí a la celebración del rito.

Casi todas las teorías del desarrollo individual reconocen que a esa edad se producen numerosos y acelerados cambios puberales, que adquieren nuevas connotaciones las relaciones interpersonales con los familiares y con los amigos; que se desarrolla el pensamiento abstracto y los deseos de tener valoraciones y juicios propios acerca de las distintas esferas de la vida y que se catalizan las dinámicas de construcción identitaria y la necesidad de afirmar la individualidad y al mismo tiempo conservar la aceptación de los coetáneos; todo ello en medio de una situación social caracterizada por el tránsito de un nivel de enseñanza a otro y por la continuación de la dependencia económica de los padres. (Domínguez, 2003; Kon, 2003; De la Torre, 2001:121-125; Bozhovich, 2003; Ravelo, 2005)

En consonancia con estas transformaciones, el rito como tal trae consigo otras que se efectúan de manera más intencional. Un ejemplo aparece en el resultado de un cuestionario sobre comportamiento sexual realizado por la psicóloga Caridad Teresa García en la capital y en Santiago de Cuba, y citado por Aloyma Ravelo en su libro *Intimidaciones. Adolescencia y sexualidad*. Este estudio fija la iniciación sexual de las muchachas en la edad de quince años; pero señala además que en la mayoría de las chicas,

la iniciación sexual se produce a partir de la celebración de los quince, con la fiesta de cumpleaños, que incluye las tradicionales fotografías. Solo después de toda esta actividad celebrativa es que hay relación sexual con penetración. La psicóloga García se pregunta si no estaremos asistiendo a la construcción de un ritual pagano contemporáneo de transición a la iniciación sexual, con constancia gráfica del momento anterior a la pérdida de la virginidad. (Ravelo, 2005:182)

En una investigación desarrollada recientemente en el ICIC Juan Marinello sobre el sentido de las celebraciones de quince para un grupo de quinceañeras de Ciudad de La Habana,¹ (Gutiérrez, 2007) casi todas manifestaron haber experimentado algún cambio en su vida a partir del momento justo en que cumplieron esa edad. Dicho cambio ha consistido en:

1. La obtención de nuevos permisos y derechos:
“[...] mi mamá me dejó tener novio y también me deja salir un poquito más que antes”.
2. La autorización para transformar su apariencia física:
“[...] pintarme. No es que no me dejaran, pero me decían: ‘no te pintes, que después no vas a lucir para tus quince’”.

¹ Todos los fragmentos de entrevistas que aparecen en lo adelante en este texto, son tomados de la citada investigación.

3. La adquisición de mayores responsabilidades en el hogar:

“[...] también tengo más responsabilidades, me ocupo en la casa de barrer y eso, y también tengo que atender mis cosas”.

4. El establecimiento de una mejor comunicación con los padres:

“[...] mi papá y mi mamá hablan más conmigo; siempre han hablado, pero yo noto que ahora me hablan un poco más”.

La representación de un cambio en su vida aparece también en el centro de las significaciones individuales y sociales que las muchachas otorgan a esta celebración. Se trata de un cambio que implica pasar a otra etapa, asumir nuevas responsabilidades, tener más libertad y autodeterminación y lucir como una mujer; todo lo cual se expresa tanto a nivel de estatus como de vivencia:

“[...] para mí los quince significa dar un paso en tu vida, hacerte más responsable, más cuidadosa, te defines más como persona, tus criterios, tu forma de pensar; uno se va haciendo persona como tal”.

“[...] siento que comienzo a crecer, la sociedad me acepta como más madura”.

“[...] es una celebración donde, no sé, yo... como que tengo más libertad sobre mi vida, aunque no toda la libertad, ni soy dueña de mí misma, no sé...”

“[...] porque cuando uno cumple quince ya cambia, a partir de ese momento cambia la vida [...], el nivel de estudio también va aumentando”.

“[...] por eso, porque es una edad límite, [...] vas creciendo, recibes el carnet de identidad, eres mayor”.

“[...] porque creo que ahí es cuando las muchachas desarrollan más y comienzan a conocerse ellas mismas, a mirarse más y verse como una mujer”.

La idea del cambio y la importancia que dicho cambio tiene para ellas, está presente también en su percepción acerca de las diferencias en la celebración entre hembras y varones. Algunas asumen que lo que cambia en ese momento en la vida de las mujeres, para los hombres no es tan importante, como adquirir nuevas libertades y cambiar la apariencia física con nuevos recursos para embellecerse:

“[...] los varones, sí, pero son menos... son los que se sienten más mayores, no se dejan de sentir contentos, pero tienen menos satisfacción porque siempre han tenido más libertad”.

“[...] no sé, debe ser porque las hembras [...] cambian más; un ejemplo: hay hembras que les dicen: ‘espera para salir’, pero los hombres tienen más libertad. Para mí es lo mismo, yo pienso que debería ser igual, porque ellos también dejan de ser niños, pero a las niñas se les nota más, enseguida se les nota: ‘te sacaste las cejas’, ‘te pintaste el pelo...’”

Tipicidad

Según los resultados de una encuesta aplicada por Yulieth Briñas y Aramilka Jiménez, investigadoras del Centro de Estudios sobre la Juventud, en las provincias Ciudad de La Habana, Matanzas, Villa Clara y Santiago de Cuba, las actividades que prefieren realizar las y los adolescentes al cumplir quince años son: comprarse ropa y zapatos, tirarse fotos, hacer una fiesta sencilla, hacer una comida familiar, ir a una casa en la playa y que les filmen un video. (Briñas y Jiménez, 2006)

En el ya citado estudio del ICIC (Gutiérrez, 2007) se obtuvieron resultados similares y se identificaron como prácticas más típicas y representativas de estas celebraciones las fiestas de quince y las fotografías.

En cuanto a las características de las fiestas, se halló que la mayoría hace una fiesta común, con sus familiares y amigos más

cercanos, en su propia casa; mientras que otras llevan a cabo celebraciones más complejas, donde varias parejas de adolescentes, vestidos con trajes largos, bailan una coreografía que comienza con un vals, en la cual algunas veces se cambian de ropa y terminan bailando también música de moda. Estas grandes fiestas tienen lugar en hoteles o círculos sociales que alquila la familia de la quinceañera y agrupan alrededor de 150 o 200 invitados.

Todas las jóvenes que hacen fiesta se fotografían en ella para tener un recuerdo del momento. A este tipo de fotos le siguen en frecuencia las fotos con montajes digitales y las fotos de estudio, que se hacen en casas particulares equipadas con ese objetivo.

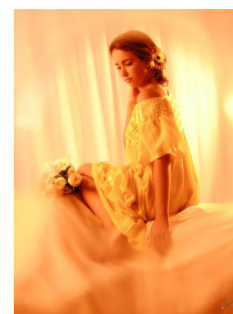
Existe en Ciudad de La Habana toda una red de fotógrafos que tienen montado un repertorio de fotos de quince siguiendo diversos patrones, entre los cuales podemos distinguir tres categorías (según la nomenclatura empleada por las propias quinceañeras) que, aunque no abarcan todas las variantes posibles, parecen ser las más representativas. En una misma foto pueden mezclarse también elementos de varias de estas categorías:

1) Las fotos “de estilo”, donde las muchachas aparecen vistiendo trajes largos de diferentes colores, que pueden estar adornados con encajes, sombreros, guantes, tiaras, sombrillas y abanicos; generalmente muy maquilladas y con peinados elaborados, en escenarios que intentan recrear un ambiente colonial, como salones con lámparas, espejos y jarrones, escaleras, rejas, fuentes y jardines.



2) Las fotos “artísticas”, con dos variantes:

- La quinceañera posa con expresión angelical, recostada en cojines, con el cuerpo envuelto en telas blancas o de colores pálidos, sosteniendo algún instrumento musical que transmita la idea de delicadeza, generalmente un violín. Por lo general en estas fotos se suelta el pelo y se maquilla discretamente, para dar la sensación de naturalidad. Se suelen incluir en las imágenes plumas, flores, velas o cualquier otro objeto que contribuya a conformar una atmósfera de misticismo.

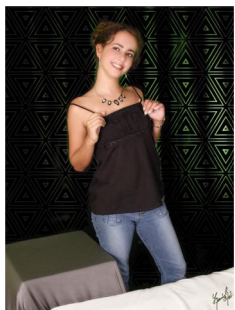


- Se muestra a las jóvenes con cara y postura de “mujer fatal”, casi siempre semidesnudas o con ropa que las haga lucir sexy y con un maquillaje llamativo. En estos casos la imagen de la quinceañera puede aparecer como parte de la portada de una revista de modas, de un calendario o de un anuncio publicitario.



3) Las fotos “naturales”, que son similares a las que podrían hacerse en cualquier otro momento, pero que también son muy

frecuentes en los quince. En ellas la muchacha aparece con su propia ropa —casi siempre la ropa nueva que se ha comprado para la ocasión—, en escenarios también virtuales o de estudio fotográfico; pero lucen más parecidas a como son ellas realmente.



Otro elemento típico en estos ritos es la participación de la familia ampliada y las redes de amigos. La madre es la figura más mencionada por las quinceañeras en la preparación del ritual, y como tendencia, se hace mayor alusión a las figuras femeninas, como tías y abuelas, que a sus homólogos masculinos. El padre asume en gran medida el mayor peso de los gastos.

Lo típico, en cuanto al tiempo de preparación que toman los quince, es un lapso de varios meses o un año, sobre todo en aquellas fiestas más simples, que no incluyen vals ni local alquilado. Las otras sí llevan varios años de preparación. Los costos de los quince, según la apreciación de estas muchachas, oscilan entre los 100 CUC y los 3500 CUC.

En términos de vivencia, es típico que en el momento de celebrar los quince las muchachas se sientan el centro de atención de su familia y sus amigos, y encuentren un espacio de satisfacción de múltiples necesidades, las cuales van desde la autoafirmación (“[...] porque me nace del corazón, porque si hago otra cosa no me voy a sentir contenta, serán como los quince de otra, porque no son mis pensamientos, mis gustos [...]”), hasta los deseos más ligados al consumo que en una

ocasión como esta le dan el privilegio de formular (“[...] porque lo que más yo he querido siempre es tener una computadora, y mi tía me la compró”).

Tradición

La crónica social, en periódicos y revistas de mediados del siglo XX, constituye una de las primeras referencias que aún se conservan sobre las celebraciones de quince cubanas. En dichas crónicas se describen sobre todo recepciones lujosas en clubes y sociedades o en las residencias familiares de las muchachas, con un formato que parecía responder a códigos de *glamour* y etiqueta de la época, cuyas protagonistas eran siempre jóvenes de clase alta. En muchas de las crónicas de este tipo se muestra alguna fotografía de la homenajeadada y, mientras se detallan los elementos decorativos de dichas fiestas, también se hace alusión a la ropa lucida por algunas de las personalidades asistentes y se elogia todo aquello que indique opulencia y lujo. (*La Marina*, 1946; 1950)

Algunos elementos que se mantienen actualmente, como el baile de un vals y las fotografías con traje largo, ya estaban presentes en aquella época. Y según los testimonios de varias mujeres habaneras que cumplieron quince años en distintos momentos del período socialista, se han mantenido como prácticas distintivas del rito a lo largo de todos estos años:

“[...] los quince de ahora y los de antes se parecen en que se preparan las cosas con tiempo y muchas tratan de bailarlos, de hacerlos en un lugar amplio [...]”.²

“La esencia sigue siendo la misma. Se sigue haciendo fiesta, tirando fotos [...]”.³

“[...] se parecen en eso, en que son los quince; la mayoría de la gente hace fotos y fiesta, y después el pique [...]. Es igual, el baile, el local, en dependencia de las posibilidades de la gente, igual”.⁴

² Entrevistada que cumplió quince en los setenta.

³ Entrevistada que cumplió quince en los ochenta.

⁴ Entrevistada que cumplió quince en los noventa.

Más allá de un estilo alegórico a los bailes coloniales de salón, en algunas coreografías de quince actuales se dramatizan contenidos muy tradicionales; sobre todo cuando a la quinceañera “la entregan”, simbolizando una especie de traspaso de poder sobre la joven, que se produce entre la familia y el novio:

“[...] después el galán sale bailando con mi mamá y salgo yo con mi papá, bailo con mi papá y me entregan al galán, bailo con él y con las parejas, y después bailo una pieza sola con él”.

“[...] primero bailamos el vals después de que mencionaron a las cinco parejas. Después mi padrastro bailó una pieza conmigo, cuando se terminó, mi padrastro me entregó a mi papá y después mi mamá me entregó al galán, y bailamos dos o tres piezas el galán y yo”.

Es interesante que, aún cuando solo sea metafóricamente, este tipo de dramatizaciones refuerzan de algún modo una concepción histórica de la adolescente como “mujer objeto” con la cual ellas parecen tener plena conformidad, aunque no plena conciencia.

En el plano discursivo, el carácter tradicional de este rito aparece también reconocido en los motivos por los cuales las adolescentes celebran sus quince de la forma en que lo hacen, en las significaciones sociales atribuidas y en las diferencias de género:

“[...] por tradición, porque mi hermana también lo hizo y yo lo veo bonito”.

“[...] las fotos porque es algo tradicional, casi todo el mundo se tira fotos”.

“Tradición, desde hace tiempo se supone que los quince es la edad que marca a las niñas que comienzan a ser adolescentes y todo eso”.

“Yo pienso que es una cultura que viene ligada de los españoles y de los aborígenes, ¿no?”.

“Siempre se ha hecho así, siempre se ha celebrado el de la niña porque las niñas siempre somos las que no nos dan tanta libertad antes de los quince; los varones son más individuales”.

Mutación intergeneracional

Desde el punto de vista formal, pueden identificarse algunas variaciones que han ocurrido en el rito, de acuerdo a la descripción que hacen algunas mujeres de sus quince, celebrados en otras décadas:

[...] se buscaban las parejas, se ensayaba, y se bailaba los quince. A mí me los hicieron en un círculo social. Teníamos un coreógrafo, y lo que se bailaba era un vals; se hacían distintas cosas, pero con pasillos de vals. Las muchachitas se vestían con maxifaldas y yo con un traje alquilado, del palacio de las novias de Galeano. Las maxifaldas de las muchachitas eran de ellas, no alquiladas. Después nos tiramos las fotos, bailando, todo el grupo, con la familia, y así. Ya después nos cambiábamos de ropa y nos poníamos a bailar, a comer, y después el pique; porque el *cake* de las fotos no se picaba ese día, se picaba al otro día.⁵

[...] cuando aquello se tiraban fotos, todo era más asequible. Había casas de quince, donde alquilaban trajes y había un fotógrafo, pero las fotos no eran digitales; uno mismo compraba el rollo y te hacían las fotos profesionales. Sí se hacían fiestas y se alquilaban trajes, pero los precios no eran los mismos que ahora, te estoy hablando del año 85. Yo no recuerdo baile en los quince de mi época... puede que alguien lo hiciera, pero era más con fiestas

⁵ Entrevistada que cumplió quince en los setenta.

de compartir, con música, refrescos, ponche. Casi siempre se hacía en la casa de uno, aunque puede que alguien alquilara un local, en dependencia de las facilidades de cada familia.⁶

Mis quince fue cuando se empezó a usar de nuevo los bailes de quince, porque antes se usaba y ya después se dejó de usar, pero en mi época ya se hacía de nuevo un baile, que era con distintos tipos de música en un local. Eso era en dependencia de las posibilidades de cada cual, porque yo, por ejemplo, no hice quince, nada más me tiré fotos. En el tiempo mío las cosas estaban muy caras, porque un dólar costaba 120 pesos. Lo que se estilaba era hacer el baile, al otro día el pique y después salir, aparte de las fotos... Las fotos de ahora son distintas, no de estilo, con traje, como antes. Hay dos o tres con traje, pero después se tiran otras que a mí no me gustan, casi semidesnudas.⁷

En los testimonios de las entrevistadas se ilustra cómo el baile de vals con coreografía tuvo un auge en los setenta, después se hizo menos frecuente, y ya a mitad de los noventa comenzó a popularizarse nuevamente. Otro elemento de diferenciación es el tipo de fotografías; y se destaca también cómo va apareciendo el tema de la desigualdad, que está estrechamente relacionado con el incremento de las dificultades económicas de las familias para acceder a los productos y servicios deseados por las adolescentes para celebrar los quince.

En relación con esto último, es posible afirmar que muchas de las modificaciones que se han ido produciendo en la forma y el contenido de las celebraciones de quince en Cuba se corresponden muy claramente con los cambios sociales a gran escala que han tenido lugar en el país.

Uno de estos cambios ocurrió a partir de los años sesenta, con el triunfo de la Revolución. En ese momento se produjo una “popu-

larización” del rito cuando el Estado comenzó a hacerse cargo de suministrar, a precios asequibles, los productos y servicios necesarios para la celebración de los quince mediante una distribución racionada y equitativa. Esta equidad que vivieron las quinceañeras en los años setenta y ochenta es evocada hoy por ellas con nostalgia:

La diferencia es que para poder adquirir todo para que salga bien es con dólares, si alguien tiene la posibilidad de tener dólares porque se lo mandan o por su trabajo. El transporte hay que pagarlo, la ropa..., y ¿dónde tú te encuentras algo en moneda nacional? Hasta las telas para hacerse ropa es con dólares. A mí me parece que debido a la economía, los quince de ahora no son igual que antes. Antes todo el mundo podía, ahora no [...].⁸

Desde el punto de vista económico sí ha cambiado mucho. En mi época eran mucho más sencillos. Las condiciones influyen, en mi época había más igualdad. Ahora se especula más que antes. Fundamentalmente eso, porque es difícil de explicar. Desde el punto de vista económico es diferente: antes te pasabas un año ahorrando, ahora tienes que pasarte diez, conseguir las cosas es más difícil. Y siempre los padres tratan, por encima de todo, de complacer a las hijas y darles lo mejor que puedan a costa de cualquier sacrificio; por eso también hay competencia entre las muchachas, que comparan una fiesta con la otra y no quieren quedarse por debajo; la forma en que otra celebró sus quince le impone retos. En mi época eso no se veía tanto.⁹

Como refieren estas mujeres, en los noventa se produjeron otras transformaciones que han tenido un impacto en los ritos de quince, hasta cierto punto inverso al que se

⁶ Entrevistada que cumplió quince en los ochenta.

⁷ Entrevistada que cumplió quince en los noventa.

⁸ Entrevistada que cumplió quince en los setenta.

⁹ Entrevistada que cumplió quince en los ochenta.

produjo en los sesenta. Dichas transformaciones han estado relacionadas con las estrategias seguidas para impulsar lo más rápidamente posible el desarrollo económico del país después de la crisis, las cuales acentuaron las desigualdades en el poder adquisitivo de diferentes sectores de la población y desataron mecanismos de diferenciación social, donde la pertenencia a uno u otro estrato ha venido produciendo desde entonces una serie de tensiones identitarias. (Espina *et al.*, 2005) Por otra parte, el imperativo de encontrar formas alternativas de supervivencia hizo que a partir de entonces se fortaleciera la economía informal, y como parte de este proceso surgió una especie de industria cultural sumergida que comenzó a encargarse de suministrar productos y servicios para las celebraciones rituales, tales como alquiler de trajes, casas, montaje de coreografías, elaboración de *buffets*, fotografías, edición de videos, etcétera.

Un proceso interesante en relación con esto, que se refleja en el análisis de los quince, es que las desproporciones en el cotidiano de vida de cubanos y cubanas ya se han naturalizado como parte de nuestra realidad habitual, lo cual se observa sobre todo en el plano de la conciencia social de las nuevas generaciones. En este sentido, resultan muy ilustrativas las diferencias en cuanto a la percepción de las desigualdades entre las quinceañeras actuales y las entrevistadas de otras edades.

Estas últimas suponen, como ya hemos visto, que las dificultades económicas que enfrentan muchas familias en Cuba provocan que el deseo de celebrar los quince, junto con la imposibilidad o dificultad a la hora de hacerlo, sea hoy una fuente de malestar para las quinceañeras y sus familiares. Sin embargo, en realidad sucede todo lo contrario: casi todas las muchachas entrevistadas en nuestra investigación (Gutiérrez, 2007) relacionan su quince con vivencias positivas, y apenas mencionan el tema de las diferencias económicas; no porque dejen de percibir las, sino porque no se las cuestionan. Este fenómeno podría estar indicando una

naturalización de tales desigualdades en la actual generación de adolescentes, que nació en la década de los noventa y creció con el reajuste. Son los nuevos sujetos que no conocieron la equidad social de períodos anteriores, por lo tanto, la nostalgia por dicha equidad no está entre los referentes a partir de los cuales construyen sus cosmovisiones y se proyectan al futuro.

Multiculturalidad globalizada

En la actualidad, las celebraciones de quince constituyen una práctica híbrida, como resultado de la apertura cultural que ha habido en el país al aceptarse patrones estéticos procedentes de diferentes contextos y épocas. A ello han contribuido diversos factores, como el desarrollo de las tecnologías digitales, el aumento en la rapidez y el alcance de las comunicaciones con el exterior, la apertura al turismo extranjero y, con ello, a estilos de vida más ligados al consumo, el incremento de las relaciones con la familia emigrada, entre otros.

Una manifestación de estas influencias es la relación que se encontró en nuestro estudio entre el grado de complejidad de la celebración y la tenencia de familia en el extranjero, pues las muchachas que declararon haber recibido apoyo económico de fuera de Cuba fueron en gran medida las que bailaron una coreografía y que, por lo tanto, emplearon más tiempo en los preparativos. (Gutiérrez, 2007)

Un ejemplo concreto de la ya mencionada hibridez aparece en los contenidos performativos de las fiestas y las fotos, los cuales muestran una transición y un vínculo entre lo tradicional y lo moderno, más que la prevalencia de algún estilo en específico.

En los bailes donde se comienza bailando un vals con trajes largos, por ejemplo, y después van teniendo lugar sucesivos cambios de ropa y de música, se está representando simbólicamente una especie de evolución entre la muchacha que antiguamente era presentada en sociedad y los gustos reales de la adolescente actual que baila la música de

moda con un nuevo patrón a imitar: las estrellas pop promocionadas por la televisión:

[...] después del vals bailamos el vals moderno, que es parecido, pero con música más rápida, [...] después se baila la coreografía de la escolta, que es con las cuatro parejas que mejor bailan y yo con el galán. Después viene el baile romántico, con las quince parejas con vestidos de salir, después el reguetón, con ropa sport, después la moña, después casino, por último la conga.

[...] primero bailamos un vals con nueve parejas, porque no se pudieron completar las quince, todo el mundo con trajes blancos, alquilados. Después nos cambiamos de ropa para hacer una coreografía moderna que es algo más movido, no sé, como si fuera una rumba con samba.

El ritual de fotografiarse siguiendo los cuatro estilos descritos también podría considerarse como un acto simbólico —cuyo valor fundamental no es la realización del acto en sí, sino su representación en imágenes que quedarán para la posteridad—, en el cual las adolescentes cubanas encarnan instantáneamente las múltiples maneras de ser mujer que reciben como herencia cultural al cumplir quince años.¹⁰ En dicho muestrario tendríamos claramente personificada a la princesa de los cuentos de hadas infantiles —que se mezcla y se confunde con la ancestral dama criolla—, a la muchacha tierna y natural cuyo cuerpo está cambiando, a la chica sexy y desinhibida —y un poco “chica de plástico”— armada y difundida por la cultura massmediática del mundo globalizado; pero no aparece, al menos de forma evidente, —y esto no es casual— el modelo de mujer realizada y exitosa en el plano profesional, de mujer sujeto independiente que

se intenta producir desde hace tantos años en nuestra sociedad.

A modo de integración

El análisis de las celebraciones de quince como rito de paso actual en la sociedad cubana ha permitido visibilizar cómo sus contenidos formales y vivenciales expresan de modo peculiar las características de cambio, tipicidad, tradición, mutación intergeneracional y multiculturalidad globalizada, que están presentes en los ritos de pasaje contemporáneos. Una mirada crítica a la forma en que se combinan todos estos ejes podría ayudar a entender los mecanismos de reproducción cultural en que se insertan las mujeres cubanas a través de este ritual.

Lo interesante en este proceso es que los contenidos culturales que refuerzan la dominación femenina son asociados mediante el rito a vivencias auténticas y gratificantes para las adolescentes.

A cada muchacha llega, por ejemplo, toda una representación secular elaborada a través de varias generaciones, no solo acerca de la manera de celebrar los quince, sino también del valor y la importancia que va a tener ese momento en su vida. La celebración de los quince viene a ser en este sentido como una especie de guión previamente elaborado, que de algún modo las predispone para esperar un cambio. Y el cambio se produce; pero no solo por el efecto de una profecía autocumplida, sino también porque a los quince años realmente están teniendo lugar procesos de modificación individual y social en las jóvenes, que, como ya vimos, son relativamente independientes de la celebración ritual. La búsqueda de patrones para orientarse en medio de esa transición existencial crea, por lo tanto, un espacio propicio para que el guión moderno-ancestral de los quince sea asumido como una especie de guía cultural sobre

¹⁰ En esta interpretación se evoca a Bourdieu, quien sostenía, según destaca Canclini en su introducción a *Sociología y cultura*, que “la fotografía es [...] una de las prácticas que mejor transparentan las convenciones que rigen en cada clase su representación de lo real. ¿Cómo no ver un sistema bien codificado en las normas que establecen qué objetos se consideran fotografiables, las ocasiones y los lugares en que deben ser tomados, la composición de las imágenes?” (García Canclini, 1990)

cómo convertirse en mujeres. Esto significa que la quinceañera es algo más que una pieza que se inserta pasivamente en un engranaje cultural articulado a sus espaldas: se trata de una personalidad activa, que en este evento busca —y en gran medida encuentra— la satisfacción de necesidades muy propias de reconocimiento, nuevas impresiones, contacto interpersonal, autoafirmación, entre otras.

El ritual constituye una especie de moratoria para la muchacha, donde adquiere un protagonismo y una “capacidad de merecer”. La familia y su red social le otorgan una prioridad a la quinceañera como sujeto, pero a la vez refuerzan y legitiman mediante el rito una concepción patrimonial sobre ella, acentuada por su doble condición de mujer y adolescente. Con el rito se otorgan permisos, derechos y autorizaciones, y con ello se está reconociendo y aceptando una relación de poder-subordinación entre el sujeto que da el permiso y el que lo recibe, relación que no tiene solo que ver con la edad, sino también con el género.

Como se celebra una transición vital que implica la aceptación de una nueva condición social, los contenidos definidores de dicha condición que se reconozcan en el discurso y en las dramatizaciones, marcarán en gran medida el tipo de aspiraciones que se generan con la adquisición del nuevo estatus. En el caso de los quince, se trata del estatus “mujer joven-casi adulta”, cuyas aspiraciones más inmediatas, representadas en las fotos y en el baile, están relacionadas básicamente con

cumplir expectativas sociales asociadas a la belleza corporal y al consumo de determinados estilos estéticos concebidos desde un mercado capitalista y difundidos por los medios de comunicación.

A partir de todas estas consideraciones, valorar las celebraciones de quince como positivas o negativas, deseables o indeseables, sería un ejercicio demasiado simplista. No es en esa dirección que pretendo orientar las conclusiones de este texto. Mi intención más bien es mostrar la complejidad de un ritual que, por un lado, tiene efectos desarrolladores y emancipatorios, porque cubre necesidades sentidas a las adolescentes y se constituye como un espacio generador de vivencias de libertad, autodeterminación y crecimiento personal para ellas; pero, por otro lado, tiene también efectos limitadores y excluyentes, porque contribuye a formar sus cosmovisiones desde un patrón cultural —machista y adúlto-céntrico— que legitima el consumo y la sensualidad como vías preferenciales para satisfacer aspiraciones de posicionamiento social entre las mujeres jóvenes.

Considero, por lo tanto, que disponer de ritos con cierta dosis de tradición para orientar a las personas adolescentes en sus procesos individuales de transición cultural no tiene por qué ser considerado como algo esencialmente dañino. Lo importante es estar al tanto de los alcances de estos ritos como dispositivos de ordenamiento social, que pueden contribuir a la producción de sujetos emancipados, o reproducir históricamente, a nivel simbólico, relaciones de dominación de las cuales los propios dominados se hagan cómplices.

Bibliografía

- Bolch, Maurice 1992 *Prey into Hunter* (Cambridge: Cambridge University Press).
- Bozhovich, Lidia 2003 “Formación de la personalidad del niño en la edad escolar media” en Domínguez, Laura (comp.) *Psicología del desarrollo: adolescencia y juventud* (La Habana: Editorial Félix Varela).
- Briñas, Yulieth y Aramilka Jiménez 2006 “Valoración de los adolescentes en torno a las celebraciones de quince”. Informe de Investigación, Centro de Estudios sobre la Juventud, La Habana.

- Clark, Robert 1983 "The Dissertation as a Rite of Passage" en *American Journal of Evaluation* (American Evaluation Association) No. 4; 38.
- De la Torre, Carolina 2001: *Las identidades: una mirada desde la psicología* (La Habana: Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana Juan Marinello).
- Domínguez, Laura 2003 "Conferencia introductoria, Tema I", en *Psicología del desarrollo: adolescencia y juventud* (La Habana: Editorial Félix Varela).
- Espina, Mayra *et al.* 2005 "Heterogenización y desigualdades en la ciudad. Diagnóstico y perspectivas", en *Boletín Electrónico CIPS*, año 1 No.4. En <<http://www.cips.cu/descarga.php?id=boletin4.pdf&path=boletines>>. acceso 7 de junio de 2006.
- García-Canclini, Néstor 1990 "Introducción a la sociología de la cultura de: Pierre Bourdieu", en Bourdieu, Pierre: *Sociología y Cultura* (México, DF: Grijalbo).
- Gutiérrez, Lisett María 2007 "Celebrar los quince años: sentido social de un rito". Informe de Investigación, Instituto Cubano de Investigación Cultural Juan Marinello.
- Kon, Igor 2003 "La juventud como objeto de la investigación científica" en Domínguez, Laura (comp.) *Psicología del desarrollo: adolescencia y juventud* (La Habana: Editorial Félix Varela).
- *La Marina* 1946 Colección anual, Biblioteca Nacional José Martí.
- _____ 1950 Colección anual, Biblioteca Nacional José Martí.
- Nieto, Raúl 2001 "Ritualidad secular, prácticas populares y videocultura en la ciudad de México" en *Alteridades* (Universidad Autónoma Metropolitana, México, D.F) Año 11, No. 22.
- Ravelo, Aloyma 2005 *Intimidades. Adolescencia y sexualidad* (La Habana: Editorial Científico-Técnica).
- Zeitlin, Steven 1992 *The Life Cycle: Folk Customs of Passage*. En <<http://www2.hsp.org/exhibits/Balch%20exhibits/rites>>. acceso 8 de enero de 2007.